

 Hay un millón
de razas

Este libro ha contado con una ayuda a la edición, dentro del Plan Libro Abierto 2007, de la Consejería de Cultura y Turismo de la Junta de Castilla y León

Ángel Vallecillo

 *ay un millón*
de razas

Diseño de colección:
Germán Gómez

1ª edición, noviembre de 2008
© Ángel Vallecillo
© Editorial DIFÁCIL
C/ López Gómez, 32.
47002 VALLADOLID
Tfno.: 983 212 262
E mail: editorial.difacil@wanadoo.es
www.difacil.com
ISBN: 84-
Depósito Legal: VA-/
Impresión: Andrés Martín, S. L.
C/ Paraiso,8
Printed in Spain/ Impreso en España.

*El público quiere explicaciones a toda costa,
y no pide que sean verdaderas, sino convincentes;
el público pide ser convencido, pasar rápidamente
al estado de convencido porque es,
para él, pasar al estado de tranquilidad.*

Ramón Gaya

Intro

Cortázar Sexto

Primera parte

Trampas

Segunda parte

Nudo

Tercera parte

Culebrón

INTRO

CORTÁZAR SEXTO

El doce de septiembre de 1982, cuatro encapuchados robaron en el sótano acorazado de la sucursal del Bank of America, en el número 117 de la calle Maricopa, en Phoenix, Arizona. Horadaron un túnel de cinco metros de longitud desde el sótano de la hamburguesería Herbert Spencer, bajo el callejón que separa ambos edificios, y abrieron un butrón en el muro de hormigón armado. El robo en sí duró dos minutos y treinta y cinco segundos. Los ladrones, perfectamente sincronizados, descerrajaron la caja de seguridad número 1.038. Lo único que se llevaron de aquella cámara acorazada con más de dos mil cajas repletas de joyas, oro y dinero fue un sencillo sobre del tamaño de una cuartilla cuya desaparición nadie reclamó. Dos semanas después del robo la policía abandonó las pesquisas y cerró el caso: además de la ausencia de denuncia y de que el nombre del titular de la caja resultó ser falso, el propio Bank of America mostró un manifiesto desinterés en colaborar con la justicia.

Dentro de la caja 1.038 estaban guardados los negativos que ayudaron a resolver uno de los grandes misterios del siglo XX: el proyecto nazi conocido como Método HH.

CORTÁZAR SEXTO

Alhers Hichman y el Método HH

En mayo de 1940, en el apogeo de la ofensiva nazi, un pletórico Adolf Hitler encargó al RKF (*Reichskommissar für die Festigung des deutschen Volkstums* = comisario del *Reich* para la consolidación de la raza alemana) un método sencillo y definitivo que librara a los alemanes de la adicción al tabaco. Este proyecto médico recibió el nombre en clave de Método HH.

Gerhard Wagner, director general de medicina del *Reich*, y a quien Hitler, años atrás, ya había adelantado sus siniestros proyectos¹ para la nueva Alemania, recibió el encargo de organizar el Método HH. Gerhard Wagner tuvo claro quién era el mejor científico para llevar a buen fin el proyecto. Diez años atrás, había tenido como alumno a un joven investigador de capacidad sobresaliente. Se trataba del doctor austriaco Alhers Hichman, catedrático de neurología en el Instituto de Biología Hereditaria e Higiene Racial de la Universidad de Francfort, y uno de los mejores amigos del arquitecto Albert Speer, con quien había

1. En 1935, Hitler había dicho a Gerhard Wagner que «si estallaba la guerra, volvería a poner sobre el tapete la cuestión de la eutanasia, y la impondría, ya que en tiempo de guerra es más fácil hacerlo que en tiempo de paz». *Eichmann in Jerusalem*. Hannah Arendt, 1963.

compartido estudios desde la infancia, así como militancia política en el DNSAP (Partido Nacional-socialista Alemán de los Trabajadores) desde 1927, en Austria.

El doctor Hichman experimentó con cientos de prisioneros enviados desde los campos de concentración. Utilizaba inyecciones de nicotina pura, la mayor parte de las veces con dosis letales. Envenenaba a los prisioneros para diseccionar posteriormente los cadáveres, buscando diferencias físicas entre cerebros sanos y envenenados; pero después se aventuró a mantener vivos a los pacientes durante la operación, examinando los cerebros abiertos mientras incrementaba la inoculación de nicotina, esperando ver cambios organolépticos de los que extraer conclusiones. El doctor Hichman trataba de delimitar la zona exacta del cerebro donde se encuentran los interruptores que abren las puertas al discurrir de la nicotina por el cerebro. En una segunda fase, una vez delimitadas las zonas neuroactivas, había planeado la inoculación de sustancias químicas que anularan la capacidad de síntesis de los neurotransmisores, tratando así de impedir el paso de nicotina a los centros de recompensa cerebrales. Era un planteamiento acertado: cortando los hilos de conexión, la nicotina se transformaba en algo inocuo, y por lo tanto inútil para el fumador.

Sin embargo, nada resultó tan sencillo. Los resultados eran lentos y pocas veces satisfactorios. Durante el verano de 1941, en pleno avance de los ejércitos alemanes sobre la Unión Soviética en la operación *Barbarroja*, Hitler, envalentonado por sus éxitos², exigía resultados. Ante su impaciencia, Hichman no

2. Hitler estaba convencido de que antes del invierno tomaría Moscú. Su siguiente objetivo era invadir India y Afganistán.

tuvo más remedio que atajar en su investigación y se volcó en la intervención quirúrgica, practicando lobotomías en las que extirpaba partes concretas del mesencéfalo con el objetivo no ya de *interrumpir* químicamente la conexión de neurotransmisores, sino de destruir físicamente dichas conexiones. La glándula pineal era la zona crucial en la síntesis del tabaco, situada en el centro exacto de los ojos, a unos dos centímetros de la frente. Practicó más de quinientas intervenciones quirúrgicas cerebrales que en apenas una decena de casos (los únicos que sobrevivieron a la intervención) obtuvieron, según palabras del doctor Hichman, «algunos resultados positivos». La realidad es que todos los pacientes que no murieron sufrieron graves discapacidades permanentes³.

La judía

El doce de octubre de 1944, en plena ofensiva aliada, y con el ejército alemán sufriendo derrotas en todos los frentes, se celebró una fiesta en Karinhall, la mansión de Göring, a la que acudió la plana mayor del Tercer *Reich*. Después de casi cinco años de ofensiva permanente, la guerra era algo cotidiano para los nazis, así que no deben resultarnos extraños la celebración de fiestas, las vacaciones en el extranjero u otros signos de normalidad. Allí estaban Adolf Hitler y Eva Braun, el todopoderoso arquitecto Albert Speer, Morel (médico particular de Hitler), Himmler (líder de las SS y la GESTAPO), Karl Maria Wiligit

3. Era inadmisibles colegir que los pacientes no fumaban como consecuencia de la extirpación, pues también sufrían locura, discapacidades motrices y mentales, ceguera, incapacidad del habla o descoordinación en el movimiento de las extremidades.

(conocido como el *Rasputín* de Himmler), Goebbels, Heinrich Hoffman (fotógrafo privado de Hitler), Otto Günsche (ayudante personal de Hitler), Johann Rattenhuber (general de las SS y jefe del servicio de seguridad del *Reich*), Martin Bormann (secretario del *Führer*) y cerca de medio centenar de *insignes* invitados a los que Churchill se refería como «la camarilla de Hitler».

El doctor Hichman llegó a mitad de la cena acompañado de una delicada joven de innegables rasgos judíos. Muchos de los generales, incluido el propio Hitler, habían oído rumores sobre esta joven de la que el doctor Hichman jamás se separaba. El doctor se sentó a la mesa ante el desconcierto de los comensales. Göring, como anfitrión, se llevó al doctor a un gabinete contiguo donde, supuestamente, le recriminó su actitud y falta de tacto al acudir acompañado de aquella judía, llamada Sara Bloom. La *Rassenschande* (corrupción de la raza, aunque también se aplicaba este término a la simple cohabitación con judíos) era el peor crimen que podía cometer un nazi. Göring, quien no era especialmente antisemita, salió del despacho y habló al oído con Hitler, quien se levantó de la mesa y estuvo reunido en privado con el doctor Hichman durante unos treinta minutos. Esta conversación es uno de los grandes misterios nazis sin resolver. ¿Qué fue lo que el doctor Hichman le contó a Hitler? ¿Qué relación existía entre el Método HH y la judía Sara Bloom?

Bernie Osentahl, el eminente estudioso de los *diarios Bormann*, es uno de los mejores especialistas sobre Sara Bloom. Según su estudio de 1989, Sara Bloom fue enviada como prisionera para los experimentos de Hichman por el doctor Klaunkert desde el campo de Theresienstadt. Este campo de concentración checoslovaco fue, durante casi toda la guerra, una especie de campo-gueto especial para *judíos prominentes*. A este campo eran

enviados judíos por los que el *Reich*, o algún miembro destacado de la cúpula nazi, intercedía en virtud de su importancia o porque simplemente no interesaba que fueran deportados cuando los judíos todavía eran deportados y no asesinados. No era éste el caso, según Osentahl, de la joven Sara Bloom. Al parecer, su reclusión en el campo de Theresienstadt fue fortuita. Desde allí, en octubre de 1940, fue enviada al gabinete del doctor Hichman para servir de cobaya en sus experimentos sobre el tabaco. Sigue siendo un enigma por qué razón Hichman no sólo no la operó o aniquiló como al resto de los prisioneros, sino que la mantuvo a su lado como protegida y tuvo la soberbia u osadía de presentarse con ella en una cena donde el principal invitado era el propio Hitler. Tras esta reunión de treinta minutos, Hitler regresó a la mesa del brazo del doctor, y según cuenta en sus memorias Albert Speer, «la mirada del *Führer*, apagada por los últimos acontecimientos y las pésimas noticias del frente, recuperó entonces el brillo de la victoria». Hitler se paseó entre los invitados del brazo del doctor, entusiasmado, orgulloso, casi enfervorecido, y en un aparte con Himmler y Speer les confesó, intercalando un largo silencio de los que tantas veces ensayaba ante el espejo: «Ahora sé, más que nunca, que la victoria final... es inevitable». Desde entonces, la joven judía que acompañaba al doctor Hichman gozó de la protección directa del *Reich*, se le otorgó una nueva identidad y un árbol genealógico genuinamente ario: pasó de ser Sara Bloom a llamarse Lenny Alhers, aunque entre los jerarcas nazis se la conocía por el nombre en clave de «el arma secreta del *Führer*».

El Hundimiento

El 8 de mayo de 1945, Wilhelm Keitel firmó la rendición incondicional de Alemania. Atrás quedaban seis años de batallas,

cerca de cincuenta millones de muertos y una Alemania arrasada: no sólo por los bombardeos aliados; también por el propio Hitler, pues cuando sus tropas se replegaban hacia Berlín ejecutó la orden *Nerón (Nero-Befehl)*: la destrucción total de fábricas, puentes, embalses, minas, monumentos, almacenes, sembrados, vehículos, y la ejecución sumaria de miles de alemanes que, alzando banderas blancas en sus casas, se negaban a seguir luchando cuando todo estaba perdido. Hitler, tan aficionado a la grandilocuencia taumatúrgica, necesitaba una gran batalla final contra sí mismo, una destrucción total de la Alemania que lo había *traicionado*, un operístico castillo de fuegos artificiales que alumbrara su salida del escenario por la puerta de atrás. Diez días antes de la capitulación, se suicidó en el búnker de la Cancillería. Mordió una cápsula de ácido prúsico⁴ y se pegó un tiro en la sien, o bien alguien había recibido la orden de hacerlo. Su cadáver, junto al de Eva Braun, fue quemado en el patio trasero y sus cenizas se volatilizaron con las bombas y el viento. Firmó, tres días antes, un testamento político y otro personal. El primero, lleno de recriminaciones, acusaciones, protestas de inocencia y un largo etcétera de excusas y oprobios, dejaba bien claro en su último párrafo cuál era el verdadero legado político que podía dejar un fanático de su causa:

Sobre todo conjuro a los guías de la nación y a los que van en su seguimiento a que cumplan rigurosamente las leyes raciales y resistan despiadadamente al envenenador universal de todos los pueblos: el judaísmo internacional.

4. Según testimonios, la habitación donde Hitler se suicidó olía a pólvora y a almendras amargas.

Pero lo más importante para este artículo es el anexo a su testamento personal, cuya comprensión trajo de cabeza a los historiadores hasta que se descubrieron los *diarios Bormann*. En el anexo, Hitler fue mucho más conciso: agradecía a Eva Braun su lealtad, tomaba disposiciones sobre diferentes bienes y nombraba albacea a Martin Bormann. Sin embargo, acompañando a este testamento del que se entregaron tres copias (una a Dönitz, otra al mariscal Schörner y la tercera enviada a Munich, a la sede del PDNA) se adjuntaba el deseo expreso de Hitler, a modo de última voluntad, de ver personalmente antes de su muerte al doctor Hichman con *la dama roja*. Era tal la desesperación de los habitantes del búnker que, cuando se filtró la noticia, muchos creyeron que al fin estaba dispuesto a utilizar su arma milagrosa contra los aliados. Lo cierto es que Hichman (a pesar, como ya he dicho, de ser un nazi convencido) escapó cuando alguien le avisó de las intenciones de Hitler. En sus últimas semanas, Hitler ordenó fusilar a decenas de colaboradores por traición, entre ellos a su cuñado, Hermann Fegelein, incluso llegó a renegar de su venerado Speer, y a expulsar a Himmler y a Göring del partido, y puede que, si hubiera podido echarles el guante, también habría ordenado matarlos. El doctor Hichman huyó. Hitler montó en cólera. Acusó a Hichman de haber traicionado su confianza cuando él «había cedido en todo, incluso en el control de aquella judía». Nadie sabe qué fue lo que Hichman le contó a Hitler en aquella reunión del castillo de Göring: lo cierto es que esta declaración de Hitler deja claro que Sara Bloom tenía mucho que ver en el acuerdo, y que no fue, como dicen muchos, un mero capricho sentimental que Hitler le había concedido al doctor. Se formó un escuadrón de ocho hombres para cumplir la orden del *Führer*: «detener a Hichman y fusilarlo, y a la judía fusilarla,

quemar sus restos hasta que no quede nada reconocible y esparcir las cenizas al viento en un lugar remoto».

Hichman escapó por los túneles del metro de Berlín, pero fue capturado por el ejército rojo a dos kilómetros de la ciudad. Temiendo ser ajusticiado, se apresuró a identificarse como científico, y fue trasladado en secreto, junto a la joven Sara Bloom, a Vladivostov, donde los soviéticos habían creado un pequeño campo de prisioneros prominentes.

El Telón de acero

La derrota del Tercer *Reich* dejó dividido el mundo en dos polos irreconciliables: el Occidente democrático y capitalista, y el régimen comunista de la Unión Soviética. Hitler mantuvo la esperanza de una ruptura entre los aliados hasta el último aliento, incluso cuando los tanques rusos ya rodaban sobre la Cancillería. Maldecía, fuera de sí, la alianza entre soviéticos y angloamericanos, convencido de que, tarde o temprano, tal unión terminaría estallando por sus costuras, lo que salvaría a Alemania de la derrota. Tenía razón, sólo que esta ruptura ocurrió un minuto después de la caída del régimen nazi. Winston Churchill lo lamentaba en 1946: «Desde Stettin, en el Báltico, hasta Trieste, en el Adriático, un telón de acero ha descendido sobre Europa».

Durante la toma de Berlín y tras la capitulación alemana, los soviéticos ocultaron a los aliados la captura de numerosos científicos nazis a quienes obligaron a servir a la URSS bajo la amenaza de entregarlos para ser juzgados por crímenes contra la humanidad o de *venderlos* a las temibles brigadas judías de cazanazis, que desde 1948 se movían impunemente por el mundo. Uno de estos cazanazis, Mosé Ariel, había incluido el nombre y la fotografía de Alhers Hichman en la lista de los diecisiete médicos más

sanguinarios del nazismo, lo que condenó al doctor a la clandestinidad.

Hichman trabajó para los soviéticos desde 1945 hasta 1957, año en que logró escapar de la URSS. Para pasar desapercibido durante su etapa en la Unión Soviética, recibió una nueva identidad rusa y continuó sus investigaciones sobre el tabaco en Karji, una suerte de complejo secreto dedicado a la investigación tecnológica a treinta kilómetros de Moscú.

Los resultados obtenidos por los investigadores alemanes durante el nazismo sobre los perjuicios del tabaco despertaron un vivo interés por la nicotina en la comunidad científica occidental. Por primera vez se relacionó el cáncer de pulmón con el consumo de tabaco, incluso los daños que causaba entre los fumadores pasivos, datos que antes de la Segunda Guerra Mundial ningún informe médico había tratado seriamente. El interés de los soviéticos por la investigación médica de la nicotina era exclusivamente económico: sabían que una vacuna contra la adicción al tabaco sería un gran negocio. Alhers Hichman, acompañado de su inseparable Sara Bloom, trabajó junto a dos científicos rusos, Zorman y Abladivov, continuando su investigación del Método HH. La relación entre Hichman y el partido comunista nunca fue satisfactoria. A pesar del buen trato recibido, de la protección que le otorgaron y de su privilegiada condición dentro de la precaria sociedad soviética, Hichman se sentía prisionero. Consideraba a Zorman un gran científico, y de hecho compartió con él no sólo todos sus conocimientos sobre el tabaquismo sino algo cercano a la amistad; sin embargo odiaba a Abladivov con todas sus fuerzas, pues sabía que más que un científico era un vulgar carcelero imbuido de las peores y más oscuras flaquezas del régimen bolchevique.

Los soviéticos planteaban sus investigaciones científicas de forma muy distinta a los nazis. Le dejaron trabajar con calma y sin presionarle para obtener resultados. Hichman, olvidadas las lobotomías y extirpaciones cerebrales con las que intentó atajar en su investigación por las prisas bélicas de Hitler, trabajó de forma ortodoxa y metódica, provisto de la tecnología más moderna y asistido por científicos solventes y disciplinados. En 1955, Hichman sintetizó el *Breinicot K57*. Este alcaloide tiene el honor histórico de ser el primer medicamento en impedir que la nicotina se fije en el cerebro. Un fumador tratado con *Breinicot K57* no sentía absolutamente nada cuando fumaba, pues la nicotina no llegaba al cerebro y se perdía en el torrente sanguíneo. Eso era tanto como *matar* el tabaco, pues nadie fumaba por el sabor de los cigarrillos sino para suministrarse su dosis de nicotina. Sin embargo, el equipo del doctor Hichman se enfrentó a un nuevo problema: las endorfinas propias del cerebro. El *K57* impedía la síntesis de la nicotina, pero también que las endorfinas naturales fijaran las necesarias para el normal desarrollo humano. Los pacientes tratados con el *K57* presentaban serias anomalías de comportamiento. Hichman sabía que estaba cerca de su objetivo. Daba vueltas alrededor de un concepto acertado, pero la investigación se frustró porque los gerifaltes soviéticos se dejaron deslumbrar por el charlatán Abladivov, en realidad más comisario político que verdadero investigador. El ambicioso comisario presentó el *K57* ante Stalin como un éxito propio y le convenció para experimentar masivamente en los campos de trabajo, los gulag. El doctor Hichman, como ya he dicho, era un nazi convencido. Durante sus investigaciones para el Tercer *Reich* se sintió partícipe de un proyecto común, creía verdaderamente que su investigación científica del Método HH, al igual que la conquista del

espacio vital o la eugenesia, eran pasos necesarios e indispensables para desembocar en una nueva era de dominio y esplendor arios que duraría mil años. Con los soviéticos, en cambio, todo le resultaba de un insufrible materialismo. El remordimiento de saber que ayudaba a la supervivencia del totalitarismo comunista y la negligencia en la experimentación del *K57* con los prisioneros del gulag fueron más poderosos que el miedo a caer en manos de los cazanazis o la amenaza de ser entregado a los tribunales internacionales. Sabiéndose cerca de una solución, ralentizó sus resultados frente a los soviéticos mientras empezaba secretamente a mantener relaciones con empresas privadas occidentales a través de Ana Ilvanova, una espía que los soviéticos habían infiltrado en su círculo de amigos para tenerlo bajo control.

Ana Ilvanova y La Lista Negra

Ana Ilvanova fue una pieza fundamental en todo este embrollo. Esta espía, conocida por el apodo de *la Vikinga*, convenció a los gerifaltes comunistas de que había enamorado al doctor Hichman (cosa harto probable) con el fin de asegurarse de que los resultados que entregaba a las autoridades soviéticas eran los verdaderos, además de vigilar sus inquietantes relaciones con el exterior. Lo cierto es que Ana Ilvanova engañaba al doctor Hichman, a los soviéticos y a los occidentales, sacando provecho de todos. La Ilvanova era una espía al servicio de un grupo nazi llamado *Erdball* (globo terráqueo), más conocido como *Caza-traidores*. Esta organización secreta, creada durante el hundimiento del Tercer *Reich* y financiada, se sospecha, por un fondo de seis millones de marcos que Hitler dejó tras su testamento en una caja secreta en Zurich, tenía la misión de encontrar y ejecutar a los traidores de la Lista Negra, ciento cuarenta nombres, en

su mayoría nazis, que durante el hundimiento del Tercer *Reich* habían traicionado al *Führer*, y a los que Hitler había ordenado ejecutar fuera cual fuera el precio, fines en los que coincidían con los grupos judíos de cazanazis⁵. Había fugitivos, como el doctor Hichman, que eran perseguidos por ambas organizaciones. Los *Cazatraidores* eran un grupo formado por siete comandos: *Dolchstoss* (puñalada por la espalda) en Europa; *Schwert* (espada) en Sudamérica; *Atlantis* (Atlántida) en África; *Wolf* (lobo) en la URSS; *Hakenkreuz* (esvástica) en Asia; *Arier* (ario) en Oceanía y por último *Blut und Boden 'Blubo'* (sangre y tierra) en Norteamérica. El jefe y creador de estos comandos de asalto y castigo ha mantenido su anonimato hasta nuestros días. Su nombre en clave era *Gott* (Dios), apodo con el que lo identificaron los servicios de inteligencia británicos, aunque su verdadera identidad sigue siendo un misterio que ha alimentado el mito. *Gott* fue un maestro de la estrategia y del camuflaje, un espía invisible que supo moverse entre los servicios de espionaje sin ser detectado. Dirigió los comandos *cazatraidores* con puño de hierro hasta tachar ciento veintiocho nombres⁶ de la *Lista Negra*, adelantándose siempre a los cazanazis judíos, cuyo cometido, bien es cierto, era mucho más amplio y difícil que el de la *Erdball*⁷. *Gott* supo

5. Hubo otras organizaciones encargadas de buscar nazis, como la OSI (EE.UU., creada en 1979 por el departamento de Justicia).

6. De los ciento cuarenta nombres, ciento veintiocho fueron ejecutados por la *Erdball*, diez fueron capturados por los cazanazis y dos quedaron, al parecer, con vida.

7. Los grupos cazanazis aún siguen activos. Simon Wesinsthal ha declarado recientemente, a sus 95 años, que es imposible que queden nazis vivos por capturar. Durante estos años, llevaron ante la justicia a más de 8.500 nazis.

mantener activos estos comandos hasta 1965, casi veinte años después de la caída del Tercer *Reich*. Durante mucho tiempo se alimentó la leyenda de que *Gott* era el propio Hitler, quien en el último instante habría escapado del búnker de la Cancillería en el avión biplaza que le tenía preparado la Luftwaffe. El hombre que se escondía tras el apodo de *Gott* ayudó a alimentar el mito de que Hitler estaba vivo, pues nada podía ser tan temible ni horripilante para sus enemigos, ni más valioso para el control de sus comandos, como que la *Erdball* estuviera dirigida por el mismísimo Hitler. Ningún historiador serio da pábulo a esta hipótesis absurda, y la mención en este artículo se debe, estrictamente, al propósito de reflejar la psicosis que los comandos *Erdball* crearon en el mundo en la década de los años cincuenta y sesenta.

Estos comandos, en especial *Blubo* y *Wolf*, se especializaron en infiltrar a sus espías en equipos científicos de los países europeos y americanos, pues buena parte de los traidores nazis a quienes perseguían eran científicos exiliados en Norteamérica o la Unión Soviética. Éste era el caso de la Ilvanova, infiltrada como espía en el sistema soviético hasta que localizó a Hichman, a quien seguía la pista desde su captura en Berlín y a quien identificó por la voz en 1955. La Ilvanova era una mujer despiadada, sigilosa y dotada de una extraordinaria memoria. Para no levantar sospechas, nunca le pidió al doctor ni un detalle sobre su investigación. En el verano de 1957, aprovechando un desplazamiento de Zorman y Hichman a un congreso científico en el mar Báltico, la Ilvanova logró sacar al doctor Hichman de la Unión Soviética, y lo trasladó secretamente a Zurich donde, supuestamente (pues desde que atravesó la frontera finlandesa no hay datos fidedignos sobre el doctor Hichman), se lo entregó a los *cazatraidores* para que lo ejecutaran.

Pero ¿qué fue de la joven judía durante los años de Hichman en la Unión Soviética? Sara Bloom, bajo su identidad de Lenny Alhers, pasó por alemana ante los soviéticos. Nunca llegaron a saber que una vez esta joven había sido conocida por los nazis como *el arma secreta del Führer* o *la dama roja*, ni siquiera que era judía. Los *cazatraidores*, sí. La perseguían para dar cumplimiento al testamento de Hitler, eran los únicos que sabían relacionarla con el doctor. Hichman la mantuvo a su lado todos estos años, conviviendo en una pequeña casa al lado del centro secreto de Rakji. Zorman, el científico que trabajó codo con codo con Hichman, la vio en varias ocasiones y, tras la huida de Hichman a Occidente, confesó que había sospechado desde el principio que el doctor o bien la utilizaba en sus experimentos científicos o era una clave secreta para llevarlos a cabo. Fue testigo de la degeneración física de aquella joven. Zorman la describió como «un fantasma de piel y huesos, muda y en una permanente semiinconsciencia». El doctor Hichman trataba de mantenerla oculta, y durante sus negociaciones con la Ilvanova para fugarse de la Unión Soviética, la puso como condición inexcusable para escapar, incluso por encima de su propia vida. Lo que nunca sospechó es que *la Vikinga* jamás le hubiera sacado a él solo de la Unión Soviética, pues para el comando *Wolf* tan importante era entregar a la joven judía como al propio Hichman, ya que el primer nombre de la Lista Negra de Hitler (y a quien *Gott* soñaba con matar personalmente) recibía el nombre en clave de *dama roja*.

Profesor Víctor Cortázar.
Dpto. de Historia Contemporánea,
Universidad de Valladolid, 1981.

PRIMERA PARTE

TRAMPAS

INTRODUCCIÓN

El artículo que acaban de leer es conocido entre los historiadores como *Cortázar Sexto*. Es un documento público manejado habitualmente por los especialistas en historia nazi, cuyo nombre se lo debemos a William Thomas, quien en su ensayo *The HH File*, fue el primero en llamarlo *Cortázar Sixth* para referirse al último artículo que escribió Víctor Cortázar antes de su desaparición en Berlín en 1982. A pesar de su extensión, lo he transcrito íntegramente y no me he atrevido a recortarlo en ninguno de sus apartados. En primer lugar por el respeto que me merecen tanto su autor como el legajo en sí mismo (lo que ustedes han leído es la transcripción literal del original⁸); y en segundo lugar, y mucho más importante, porque es el punto de partida imprescindible para comprender tanto los orígenes científicos y militares del Método HH como los intereses creados a su alrededor tras la caída del régimen nazi.

Durante cuatro décadas, desde 1945 hasta 1982, los documentos Hichman, el diario secreto de la investigación del Método HH, fueron el tesoro fantasma más codiciado del

8. El original del *Cortázar Sexto* está archivado en la Biblioteca de la Universidad de Valladolid. Aunque es un documento público, sólo se permite su préstamo a personas que acrediten fines concretos para examinarlo. Está mecanografiado con una *Olivetti* 318, fechado el doce de octubre de 1981, corregido y autografiado por Víctor Cortázar. En la dirección www.cortazar-secto.com puede consultarse una edición facsímil del original.

mundo. Aunque siempre se dudó de su existencia, no hubo poder económico, político, militar o de cualquier otra índole que se resistiera a la irreprimible atracción de su leyenda. Quienes los buscaban lo hicieron con tanto ahínco como absoluto escepticismo. Nadie los había visto, nadie hubiera sabido dar una sola pista cierta sobre su contenido, pero la mera sospecha de que poderes rivales se habían adueñado de ellos bastó para originar los más importantes vaivenes políticos del pasado siglo. Su rastro es un reguero de crímenes, suicidios, robos y traiciones. Al igual que le sucedió en su día al profesor Víctor Cortázar, durante estos años de estudio me he sabido en el vórtice de fuerzas e intereses hostiles, esa rara impresión que hemos sufrido todos aquellos que, alguna vez, hemos estado o creído estar cerca de los documentos Hichman.

DARÍO DE BÓ

El 12 de marzo de 2003, me entrevisté en Santa Cruz de La Palma con Darío De Bó, catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Valladolid desde 1972 hasta febrero de 1983, cuando fue obligado a dimitir acusado de abuso de autoridad por despedir a su subordinado, el historiador Víctor Cortázar. Aunque fue un encuentro cuyo contenido apenas revela nada que esclarezca los entresijos del Método HH, sí ayudará a conocer mejor a Víctor Cortázar, verdadero protagonista del caso Hichman. El nombre de Darío De Bó, si no acompaña al de Víctor Cortázar, no significa nada para nadie, condena que el doctor De Bó arrastró hasta su muerte. Fueron, en distintos momentos de sus vidas, profesor y alumno, titular y becario, más tarde excelentes compañeros y amigos, y terminaron odiándose.

Darío De Bó se exilió en la isla de La Palma con la excusa de una recomendación médica por insuficiencia respiratoria. En realidad, su destitución como catedrático fue un escándalo, y no supo soportar la infamia, la presión de su entorno ni el acoso mediático, y huyó con el propósito de rehacer su vida en un lugar remoto.

Víctor Cortázar mantenía a espaldas del doctor De Bó una relación sentimental con Violeta, la joven esposa de De Bó. La mala suerte, la fatal coincidencia, hizo que unas horas después de que De Bó le hubiera despedido por falta de confianza y manifiesta hostilidad descubriera, *in medias res*, la infidelidad de

amigo y esposa. Todo sucedió en el plazo de unas horas, pero esta terrible coincidencia condenó a Darío de Bó para siempre. Fue prejuizado como un cornudo que, ciego de venganza, se sirvió de su puesto para tomarse la justicia por su mano.

—Es fácil juzgar a toro pasado. Tan fácil como injusto... Yo fui el único que apoyó a Cortázar. Siempre.

Nos habíamos citado en el café *Burgado*, en la placita Borrero, un rincón soleado del casco antiguo de Santa Cruz de la Palma. Santa Cruz es una pequeña capital a orillas del océano Atlántico, una ciudad de casonas señoriales, arquitectura colonial de vistosos colores, largos balcones de madera oscura y aparejos de piedra volcánica; calles empedradas y rincones recoletos como aquella terraza en la placita Borrero donde nos encontramos. Él pidió un vaso de ron añejo. Y yo, creo recordar, tomé un granizado de limón. Nos sentamos bajo la copa de un flamboyán frondoso cuya sombra cubría la mitad de la plaza, junto a un pequeño estanque con un surtidor de piedra con forma de carpa y de espaldas a una galería de arte que anunciaba una exposición de *Arte nativo*.

—Estoy acostumbrado a que duden de mi palabra —confesó con pesar—, dieron por sentado que lo hice por venganza... Igual que lo piensa usted. Eso no le importa, ¿verdad? Ha venido por Cortázar, como tantos.

Era un anciano consumido: la piel muerta, grisácea, translúcida, moteada; los ojos y las uñas amarillos, los labios pálidos y secos; olía a amoníaco. Tenía setenta y un años, pero parecía arrollado por el tiempo. Usaba, sin embargo, un verbo ágil, muy agresivo. Apenas tuve que preguntar nada. Supuse que estaría harto del asunto Cortázar, que después de tantos años de descrédito sólo quería olvidar. Sin embargo quiso recordar, justificarse,

convencerme de que hizo lo correcto, de que fue víctima de la injusticia, pero sobre todo le obsesionaba desenmascarar a Cortázar, mofarse del caso Hichman y saldar cuentas con quienes le dieron la espalda.

—Juzgar *a posteriori* es jugar con las cartas marcadas —se pinzó el labio inferior entre los dedos y negó con la cabeza—. Hoy todos ven en el *Cortázar Sexto* algo así como el preámbulo de la Biblia, la profecía de todo cuanto estaba por venir. Si no me hubiera afectado, resultaría hasta gracioso. Cuando estalló el escándalo Solevsky hasta el último de aquellos hipócritas se apuntó el tanto de haber apoyado a Cortázar —levantó la mano muerta y se palmeó la mejilla—. Cuánta cara. Ninguno de los que presumen de haberlo predicho han leído sus artículos anteriores, porque el *Cortázar Sexto*, amigo, es exactamente el mismo artículo que los que podríamos llamar *Cortázar Quinto* o *Cuarto* o *Tercero* —se inclinó sobre la mesa y se señaló el pecho—. Se lo dice quien conseguía que los publicaran —torció el cuello y habló mirando a la fuente—. Pueden reescribir la historia, pero Cortázar estaba acabado, había perdido el rumbo, y nadie, absolutamente nadie, quería seguir publicándole. Yo me la jugaba por él, les prometía algo a cambio —guardó silencio y miró el flamboyán. El envés de la copa era un cielo verde oscuro, entreverado de hojas nuevas más claras, con las puntas recogidas a punto de desplegarse, semejantes a helechos. Removió con la punta del zapato las hojitas amarillas esparcidas por el suelo—, éramos buenos amigos... Para mí la amistad es importante; lo era. En aquellos momentos duros hice lo imposible para que no perdiera el tren de las publicaciones, que en una materia como la suya era tanto como darle oxígeno para respirar. Sus últimos años de investigación fueron una repetición clónica de

publicaciones sobre el caso Hichman y el Método HH. Había perdido el norte, daba vueltas como un pollo sin cabeza alrededor de la misma patraña —con la uña del índice trazó una línea recta en la madera—. Estaba obsesionado... —aplastó la punta del índice en la mesa y la levantó y miró detenidamente una de las hojitas amarillas pegada a la yema—, perseguía en sueños a Hichman y a la judía Sara Bloom.

—¿Le contó algo que no llegara a escribir?

De Bó me miró fijamente, serio.

—¿Alguna pista secreta sobre los documentos Hichman? — otra vez resultaba irónico. Sin dejar de mirarme torció un gesto de asco—. Tipos como usted acabaron conmigo.

—¿Cómo dice?

—¿Cómo digo? —calló como si esperara una respuesta.

—Por supuesto que no —dije.

—Me ha llamado porque quiere saber qué pasó con Cortázar, y yo he venido para contarle lo que sé de Cortázar. No para perder el tiempo —se secó la boca con el dorso del pulgar; los labios recuperaron lentamente su color—. Si ha recorrido dos mil kilómetros para preguntar por patrañas nazis, dígamelo ahora y asunto concluido.

La historia de mi vida es la historia de Víctor Cortázar. Le he seguido por medio mundo y he hecho todo por saber de él. He conocido a muchos que le conocieron. Gran parte parecían destruidos: por exceso o por falta de dinero, por el miedo, por la bebida. De Bó era ejemplo de los destruidos por el rencor.

—Siento haberle interrumpido...

Bajó la cabeza. Más que avergonzado, parecía decepcionado.

—Víctor Cortázar lo tenía todo: disciplina, inteligencia, pasión por la historia. Cuando se licenció, nadie comprendió muy

bien su repentina obsesión por lo nazi. Le aconsejamos inclinarse por campos de estudio serios, pero sucumbió a esa súbita ofuscación por el caso Hichman y sus estudios secretos sobre el Método HH. Planteado por un joven investigador con futuro y talento, resultó pintoresco, pero... —De Bó giró el cuello: un grupo de jubilados salió en tropel por el portón de la galería de arte; sonrosados, rubios, en pantalón corto, con calcetines blancos y sandalias negras, cada uno con una bolsa amarilla colgada de su muñeca con el anagrama de *Arte Nativo*. De Bó los observó como si buscara a alguien. Una joven de melena negra recogida en una cola salió por la puerta de la galería y se abrió paso entre el grupo y señaló el fondo de la plaza y la cruzó en diagonal. De Bó le siguió con la mirada. Me miró y abrió media sonrisa. Se fijó en algo en su vaso, metió un dedo y sacó con la uña una hojita amarilla que flotaba en el ron—. Todos le dieron la espalda. Nadie soportaba su prepotencia. Excepto yo —bajó la mirada—. Las esperanzas puestas en un joven son su peor enemigo llegada la madurez —una ráfaga de alisio removió la copa del flamboyán y cayó una lluvia de lentejuelas amarillas. Cubrimos los vasos con la palma de la mano—. Este árbol es mi mejor amigo —dijo muy serio—; sé muy bien por qué —juntó con el canto de la mano un montoncito de hojitas amarillas y observó sus colores—. Las esperanzas que los demás ponen en nosotros se entregan como una dote de la providencia... —sonreí—, sí, la providencia, amigo: un puñado de talentos que si no medran se tornan puñaladas por la espalda.

Arrastró hasta el borde el montón de hojitas y las dejó caer al suelo. Así se ve a sí mismo, me dije. Hablaba con la libertad del vencido, del que, caído en desgracia, sabe encontrar las agarra-deras suficientes desde las que soltar coces.

—Era una obcecación absurda. Tiró su carrera para perseguir a Hichman y a Sara Bloom. Le advertí infinidad de veces: estás en una habitación a oscuras y con los ojos vendados empeñado en encontrar dos fantasmas.

—¿Y él qué decía?

Se sacudió las hojitas amarillas de la pechera.

—«A oscuras, con los ojos vendados, con tiempo suficiente y siguiendo el método correcto, terminaré encontrando lo que entré a buscar.» Era un hijoputa muy fanfarrón.

—Y terminó encontrándolos...

—¿A quién?

No me atreví a nombrar a nadie en concreto.

—A los que llama fantasmas.

—¿Le hace gracia todo esto? —otra vez me miró fijamente a los ojos—. Siguen dándole cuerda, ¿verdad? A ver si se enteran de que no encontró a nadie. Solevsky le encontró a él. Fue Herbert Solevsky quien le puso tras la pista de los documentos Hichman.

—En eso tiene razón.

—¿En eso? —frunció los labios y se retrepó en la silla como si se dispusiera a marcharse. Miró el suelo y se agachó para recoger una flor. La copa del árbol, por su envés soleado, reventaba de flores rojas—. Es un flamboyán macho; el único que da flores —la giró por el tallo y me la tendió—. Fíjese en la forma del cáliz. Se curva hacia arriba como la plataforma de un portaaviones —cogí la flor por el tallo, más rosácea que roja—. ¿Me toma por tonto o por rencoroso?

—Ninguna de las dos cosas —dejé la flor en la mesa.

—Porque no soy ninguna de las dos cosas —se frotó los ojos—. Soy un historiador serio: no fantaseo con el pasado, pero

todo hubiese sucedido de otra forma si Solevsky me hubiese llamado a mí y no a él. Habría sabido encauzarlo, dosificar...

—No dudo de usted, señor De Bó. Aunque no lo crea, le tengo mucho respeto... Pero trato de averiguar quién era en verdad Víctor Cortázar.

—He oído eso cien veces.

—Quiero decir...

—Ya sé lo que...

—El mito ha empañado su historia... Todavía no sabemos por qué le llamó Solevsky, por qué se lo contó todo y por qué le entregó los documentos Hichman. Y por qué después desapareció. Usted compartió su vida con él. Es algo a lo que sigo sin encontrar explicación.

—Yo sí sé qué me sucedió.

—Eso ya lo ha dicho.

—A lo mejor no lo he dicho suficientes veces —se retrepó en la silla—. Hay cosas que nunca se dicen suficientes veces.

—Le escucho entonces.

—Víctor desapareció: fin de la historia.

—Fin de la historia.

—Sí, fin de la historia —me recosté en la silla y eché la cabeza hacia atrás—. Mire, Víctor Cortázar, como historiador, era un cadáver. Quien lo niega, miente. No tenía ni idea de cómo continuar y eso le consumía. Estaba perdido, y su investigación estancada. El interés por su trabajo en el extranjero era nulo. Al principio le fue bien: congresos, publicaciones, pero después, cuando uno de esos gafas de Bruselas se dio cuenta de que se repetía y que seguía obsesionado por la misma patraña, el teléfono, simplemente, dejó de sonar. Su investigación era un rotundo fracaso. Sólo yo le aguanté hasta el último día.

—Hasta que dejó de apoyarle.

Recogió la flor y giró el cuello: el grupo de turistas pasó como un manso rebaño junto a la fuente y la joven de la coleta señaló el largo balcón canario de la casa Viera y Clavijo y los turistas tomaron fotos. De Bó le miró las piernas, muy morenas, de gemelos robustos, y no dejó de mirarla hasta que dobló la esquina de la plaza y enmudeció el frufrú de las bolsas amarillas y el murmullo de su acento alemán. Regresó el silencio del mar, el rumor de las olas rompiendo contra las rocas.

—¿Cree usted en algo? —dejó la flor en el suelo—. Yo sí. Ojalá le hubiera dejado de apoyar mucho antes. Ojalá no le hubiera apoyado nunca.

—Dejó de creer en él.

—Dejé de engañarme.

—Ya.

—Que no es lo mismo —levantó el índice—. Rechazaron publicar lo que luego, con tanto bombo, se ha concluido en llamar *Cortázar Sexto*. Era el mismo artículo de siempre. Ni un solo avance, ni una novedad. La misma mierda con otro título. Cada vez más esotérico, menos objetivo, más referencias a Gott y ese estúpido comentario, matizado, pero comentario, sobre la sospecha de que Gott podía ser el propio Hitler. Un despropósito intolerable para un historiador de su categoría. Intenté que lo publicaran donde fuera, pero había gastado todos mis cartuchos. Empeñé mi carrera en apoyar a alguien que me estaba apuñalando por la espalda —se quedó mirando el muro de la galería. El sol incidía oblicuo sobre el estanque y un zarcillo de tornasoles bailoteaba bajo el techo de la balconada. Lo señaló con el índice sin decir nada. Sonrió de verdad, como si le alegrara la vida. Estuvo un buen rato mirándolo—. No me escuchó, se puso hecho

una furia. Me acusó, ¡a mí! —se clavó el índice en el pecho—, de estar haciéndole la cama, de plegarme a los prejuicios, de falta de valentía. Traté de ser diplomático, de explicarle que quizá había llegado el momento de cambiar de rumbo, de fijarse otras metas, de olvidar para siempre el caso Hichman, el Método HH, la judía, las armas milagrosas y toda esa bazofia. Pero eso era tanto como echarle en cara que había tirado diez años a la basura. Por mucha relevancia mundial que tuviera después su desaparición, es en realidad lo que hizo: tirar su carrera por la borda —torció el morro en un además de asco, como si algo le oliera mal—. ¿Qué coño pintaba un tío de Valladolid investigando el caso Hichman, la supuesta gran arma milagrosa de Hitler? Me acusó de todo. Fue una reacción intolerable. Me sacó de mis casillas. Me obligó, lo crea o no, a despedirle. Ahora todos, o antaño todos, como siempre *a posteriori*, prefirieron apuntarse a caballo ganador y señalarme como culpable, ¡a mí, que lo defendí hasta el día en que...!

Se mordió la lengua.

—¿Por qué entonces Solevsky le reveló una información tan valiosa? ¿Por qué le entregó los documentos Hichman? ¿Quién era en verdad Cortázar?

Miró para un lado con hartazgo.

—Otra vez, y venga y dale...

—Me hago una pregunta.

—Pues deje de hacérsela.

—Es imposible no hacérsela.

—A mí me trae sin cuidado. Como si ahora mismo resulta que Cortázar, en su anonimato, es el presidente de los Estados Unidos.

—Si...

—Es culpa de ustedes. Insisten en creer en los documentos Hichman. Han hecho tanto daño... ¿Qué ven en ello? Víctor Cortázar era un farsante. Con los documentos o sin ellos. Punto. Todo es un *bluf*, ¿no lo entiende? No había ni una sola razón para que Solevsky le llamara...

—Entonces cuál es su explicación.

Se retrepó en la silla.

—No la hay.

—No la hay...

—No la hay.

—Escuche...

—No, escúcheme usted. Todos ustedes han convertido esto en una feria. Los Simon Vurley, la tal Vunkell, los mafiosos de la TCA... Todo el mundo tiene algo que sacar. No me importa Víctor Cortázar, ni qué ha sido de él ni si se hizo rico; con Solevsky, con los documentos Hichman o sin ellos, Víctor Cortázar no era más que un mediocre y una mala persona. Probablemente esté muerto. O engañando a alguien. ¿Sabe una cosa? Le apodaban Mengele; al heroico Víctor Cortázar sus colegas le llamaban Mengele. Todos le odiaban. Pero fui yo quien terminó destituido, aislado como un apestado, condenado sin juicio, sin defensa, acusado de corrupto, un cornudo malévol y vengativo que había despedido a un modélico profesor porque, ¡qué vil su venganza!, se había follado a su joven esposa.

Darío De Bó miró la mesa y se echó de un trago el vasito de ron. Hasta entonces ni lo había probado. Su tez cenicienta se ruborizó. Se chupó los labios. Miró hacia el camarero como si contuviera la tentación de un segundo trago. Tamborileó los dedos sobre la mesa:

—Y después no hizo nada —se le quebró la voz—. ¿Entiende? No desmintió nada. Dejó que todo el mundo lo creyera. Le despedí antes, no después de saberlo. Eso es lo que menos puedo comprender y lo que más me dolió; lo que me ha consumido todos estos años: por qué Cortázar, que se ufanaba de no mentir nunca, a mí me mintió dos veces; la primera acostándose con mi esposa, y la segunda permitiendo que todo el mundo creyera que le despedí por despecho —repentinamente me pareció joven, como si la rabia eclipsara su vejez. Bufaba con el entusiasmo de un globo desinflándose—. Me da igual que fuera o no un puto mujeriego. O que fuera el genio que consiguió los documentos Hichman, que, escúcheme bien —clavó el índice en la mesa—, no creo que existan. Lo escribiera el tal Simon Vurley o no. Otro farsante de primera. A mí, que era su amigo, me mintió. Siga buscándole, sé que en ello está empeñando su vida..., pero, escúcheme bien —y se acodó sobre la mesa para señalarme a los ojos—, que Dios le guarde de encontrarse un día con Víctor Cortázar.

Y tras esta maldición, no volvió a abrir la boca. Lo intenté, pero ya no añadió una palabra. Calló como si el torrente de lamentos y reproches se hubiera agotado súbitamente. Salimos de la sombra del flamboyán como si abandonáramos una cueva y el solazo del mediodía nos cayó como un ladrillo y echamos la cabeza atrás y miramos el árbol con nostalgia. Nos estrechamos la mano en la plaza de la catedral. Ni siquiera dijo adiós. Le vi alejarse, calle abajo, con la cabeza gacha y las manos en los bolsillos, como si rumiara un método para matar recuerdos.

SIMON VURLEY

Intro

El doce de diciembre de 2006 me entrevisté con Simon Vurley en el Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía, en Madrid.

La noche

En el prólogo de *Estrellas, Historias y Método*, el mejicano Adolfo Bello⁹ argumenta con su habitual claridad de análisis por qué el *objeto* histórico no debe contaminarse con las circunstancias personales de quien lo estudia. Dado que «el autor transfiere su estado de ánimo a lo escrito», aconseja trabajar en la recreación de la Historia sólo cuando uno goza del suficiente equilibrio anímico, y sugiere, incluso, abstenerse de escribir en estados de estrés postraumático o durante suertes adversas, en especial si son de tipo sentimental o gravoso. «Los hechos», aclara, «existen por sí, pero sólo devienen en hecho histórico en el momento mismo de fijarse como escritura. Es entonces cuando la mirada, el humor y el estilo narrativo del historiador deben mostrarse precisos y asépticos como el tajo de un bisturí.»

A quienes conocen mi trayectoria como investigador de Historia contemporánea quizá les sorprenda que desoiga uno de los

9. Adolfo Bello (Sausalito, 1902 - El Paso, 1974), poeta e historiador mejicano. Sus dos grandes obras, *Estrellas, Historias y Método* y *Principio de la Historia*, son dos textos clásicos donde se analizan los principios teóricos para abordar la investigación histórica.